

# HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

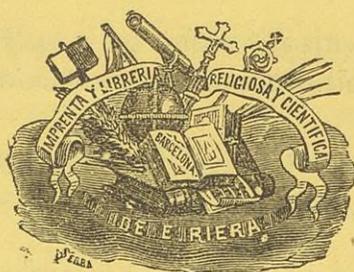
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, núm. 24 y 26.  
1877.

Cuaderno 70.

ISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

DE LOS REFORMADOS EN LA ESPAÑA CATÓLICA

DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

TRADUCCION DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU  
REVISADA POR DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU  
CORRIGIDA POR DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU  
CON UN PREFACIO DEL P. DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU  
Y UN DISCURSO DEL P. DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

CON UNA DEDICATORIA

A DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

EN MADRID



BARCELONA

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

DE DON JUAN DE SUAREZ, DE LA COMPAÑIA DE JESU

1687

Quadrado 30

No es extraño. Luis el Craso de Francia estaba demasiado lejos para mandar sus tropas á que fuesen al rescate del Papa; la gran condesa Matilde, que distaba mucho por su edad de poder ponerse al frente de una lucha formal, tuvo que limitarse á poner en juego su influencia y enviar sus obispos al Emperador para impetrar la libertad del jefe de la Iglesia; la Normandía, muerto Roger de Sicilia, estaba faltada de un jefe que la condujera al combate en favor del pontificado.

Roberto de Cápua se limitó á un reconocimiento en los alrededores de Roma, del que dedujo que no había nada que hacer; los barones de pequeños Estados no se sentían dispuestos á indisponerse con Enrique V.

La situación de la cristiandad era bien triste. Un escritor de aquella época, el abad Suger, la describe diciendo: «La Iglesia, preso su pastor y los que estaban á su lado, languidecía, y un tirano, reduciéndola poco ménos que á la servidumbre, porque no había quien resistiese, la trataba como si fuese propiedad suya (1).»



LEON X.

Dos meses duró la prision del Papa y los cardenales sin que Enrique les permitiera comunicarse con nadie, á fin de que en su aislamiento consintieran al fin en doblegarse á su voluntad.

Ya se comprenderá la situación de Pascual II, sus inquietudes, sus angustias, al pensar en que la Iglesia se hallaba sin pastor, mientras que Enrique V gozaba de un poder incontrastable.

Sometióse á Pascual y á los cardenales á las privaciones más duras. Ni se entibió el vigor del Pontífice, ni se turbó su calma.

Pero anunciósele que los cardenales y demas prisioneros van á ser decapitados.

No era esto aún lo más grave. Existe el propósito, por parte de los adictos al Emperador, de nombrar un antipapa.

Representósele á Pascual la inmensa perturbación que va á producirse en la Iglesia.

Algunos de los prisioneros se arrojan á los piés de Pascual II, le dicen que toda resistencia de su parte no hará más que agravar el mal. Pascual II se halla agitado, en medio de las mayores perplejidades. Ensayó todos los recursos; Enrique declara su firme resolución de no

(1) Suger, *Vie de Louis le Gros*.

detenerse en la senda de su arbitrariedad y su despotismo, sino con la condicion de que se le reconozca lo que él llama su derecho respecto á las investiduras.

Abrumado por el pesar, Pascual II dice:

—Pues bien; por la libertad, por la paz de la Iglesia cederé lo que yo no habría cedido jamas, ni aún con peligro de mi vida.

Pascual hizo constar que concedía á Enrique V la investidura, no como un derecho á la potestad secular, sino sólo como un privilegio (*privilegium*) otorgado á la monarquía alemana, pero con la condicion de que la eleccion fuese libre y que no hubiese en ella la menor mácula de simonía.

El Papa y los cardenales fueron puestos en libertad.

Enrique V entró en la ciudad leonina, miéntras el resto de Roma estaba cubierto de barricadas.

La coronacion tuvo lugar con la ausencia de todos los adictos á la persona de Pascual II y á la causa del pontificado.

Las condiciones acordadas fueron mal recibidas hasta por parte de muchos príncipes seculares. La completa independendencia de la Iglesia era una garantía de independendencia y libertad para los Estados cristianos; éstos no pudieron ver con buenos ojos que se presentara altanero cual nunca el santo imperio romano-germánico.

El Papa no dejaba de proclamar solemnemente que había sido víctima de la violencia. Consignó en sus actas, leídas en Letran, que «el privilegio le fué arrancado á la fuerza por la tiranía de Enrique.»

Reapareció con nuevo vigor el llamado partido gregoriano, dispuesto á oponerse por todos los medios á la funesta política del rey germano.

Reunióse bajo la presidencia del arzobispo Guido un sínodo en que se excomulgó á Enrique, «al segundo Júdas, por la traicion, el perjurio y el despojo del templo.»

La lucha armada volvía á aparecer en los dominios de Enrique, y en particular en la Sajonia.

El Emperador convocó una dieta en Erfurt. Los príncipes del Norte no obedecieron á su llamamiento. El arzobispo Adalberto, que tuvo la candidez de asistir, fué detenido en el camino, y juzgado sumariamente como desafecto al Emperador, vióse conducido á un calabozo.

Enrique trató de rivalizar en atropellos, en medidas despóticas con su difunto padre.

Al celebrar sus bodas con la jóven princesa de Inglaterra Matilde, creyó que la fiesta caería de carácter si no mandaba prender á Luis de Turingia.

Las ejecuciones capitales abundaron como nunca. Vino una época en que Enrique no gobernaba sino por el terror.

El arzobispo Adalberto de Maguncia hubiera muerto en la cárcel de una manera la más triste, si la irritacion popular, producida por las más tiránicas medidas, no hubiera hecho que el pueblo en masa se dirigiera al mismo palacio imperial á exigir la libertad del prelado.

En cambio, sobre el sucesor de san Pedro llovían entusiastas protestas de adhesion y piedad filial. El santo obispo de Chartres, Ivo, expresaba su respeto y su afecto hacia la persona de Pascual II, el mismo Alejo Comneno le envió una embajada manifestando su amor hacia el pontífice que ocupaba la sede de Pedro y su pesar por los ultrajes y violencias de que había sido víctima.

### LXIII.

#### Pascual II perseguido nuevamente por Enrique V.

La conducta seguida por Pascual II al hallarse prisionero de Enrique concediéndole á éste la investidura, aunque con las condiciones que llevamos indicadas, suscitó vivísimas contiendas.

Pretendían unos que la cuestion de las investiduras no afectaba el carácter de gravedad que suponían los gregorianos; pues se trataba de que los reyes diesen la posesion, no de la Iglesia que se confiaba al prelado, sino de los feudos y otros derechos temporales anexos á la dignidad eclesiástica. Los gregorianos contestaban, y con mucha razon, que al entregar el báculo y el anillo el Rey no decía: «Recibe los bienes temporales de esta Iglesia;» sino «Recibe esta Iglesia.»

Objetaban los primeros que la independenciam y completa libertad de la Iglesia en conferir las dignidades eclesiásticas era constituir la Iglesia como un Estado en el Estado; á lo que contestaban los defensores de la Santa Sede que la esfera de accion de la Iglesia era distinta de la del poder temporal, y por consiguiente, que no se trataba de lucha, sino de armonía entre dos poderes que estaban ligados el uno al otro como el cuerpo lo está al espíritu, y que el divorcio entre lo temporal y lo espiritual era contrario á la naturaleza misma de las cosas, tal como la ha establecido el orden providencial.

Aquellos decían que el Rey, si intervenía en los asuntos espirituales, era, no como Señor, sino como hijo privilegiado de la Iglesia; á esto oponían los defensores del pontificado, que al negarle al rey las investiduras, no se le disputaba un derecho como hijo privilegiado, sino una intrusion en asuntos espirituales que no le correspondía.

«El rey como rey goza, decían los enriqueistas, de una uncion que le da estos derechos;» «el rey como rey, contestaban los gregorianos, es ungido, no para regir espiritualmente la cristiandad, sino para gobernar fielmente el imperio.»

Se apelaba al recurso de exclamar:—Pues entónces renunciad á las temporalidades;— á lo que Plácido, prior de Nonántula, contestaba exponiendo el estado de la cuestion y encontrando un medio entre los dos extremos:

«Es cierto que la Iglesia es una comunidad espiritual, es la comunión de los fieles revestida de todos los dones del Espíritu Santo; mas debe ser tambien honrada y respetada en los dones terrestres de que puede gozar legítimamente, y lo que se le dió no puede arrebatarle sin sacrilegio. Es sin duda el corazon el que adora á Dios; pero esta adoracion debe manifestarse exteriormente, y hay necesidad de templos visibles en que podamos honrar al Señor... Las grandes propiedades que ahora posee la Iglesia le pertenecen lo mismo que sus pobres posesiones de otros tiempos; unas y otras son suyas por igual título, que es el de ser cosas consagradas á Dios. En un principio el Señor á la Iglesia la tuvo en la pobreza; el Señor es quien más tarde la ha glorificado y enriquecido.»

Censurábase con acritud la conducta de Pascual II. Godofredo de Vendome le acúsaba de debilidad, oponiendo á su conducta la de los mártires.

—Anule el Papa lo que ha hecho, exclamaba; que cual otro Pedro repare su error con sus lágrimas. Otorgar á los legos el poder de transmitir una dignidad eclesiástica es caer en una verdadera herejía.

Ivo de Chartres, que lo mismo que Godofredo de Vendome, era adicto al proceder de Gregorio y de Urbano II, contestó:

¿Por ventura no ha permitido Dios en todos tiempos que los personajes más grandes y más santos tengan una hora de debilidad, que sirve para darles el conocimiento de sí mismos y hace que no se atribuyan más que sus miserias, y que de lo bueno que haya en ellos den toda la gloria á Dios? No se pronuncie tan alto el nombre de herejía. La herejía tiene relacion con la fe y parte del interior ¿es acaso interior la investidura (1)?

En algun sínodo esta palabra *herejía* resonó de nuevo contra Pascual II, que en su innegable humildad no dejaba de confesar que él podía haber faltado *porque era polvo y ceniza*; pero sus defensores rechazaron enérgicamente los cargos que se le dirigían, persuadidos de la difícilísima situacion en que se encontró como prisionero de Enrique V, amenazados los car-

(1) Alzog, *Hist. Univ. de la Iglesia*.

denales con ser decapitados y en vísperas de un nuevo antipapa capitaneando un cisma que destrozase la Iglesia.

Hubo momentos en que Pascual II trató de abdicar. Todos reconocían que jamás entró en la mente de Pascual hacer traición á la sagrada causa de la Iglesia.

Pascual II hizo la más solemne y espontánea profesión de fe proclamando que reconocía y acataba lo hecho por sus antecesores Gregorio y Urbano.

Se le pidió que excomulgase á Enrique. Pascual, al recobrar la libertad, había prometido no hacerlo, y contestó:

—Aunque ni Enrique ni los suyos han observado las condiciones propuestas en el juramento, yo no le excomulgaré... Dios le juzgará (1).

No por esto Pascual II dejó de censurar como se merecía el mal comportamiento de Enrique.

No hubo de gustarle al Emperador la conducta de Pascual II; en virtud de lo cual resolvió ir nuevamente á Roma á imponer su funesta política por medio de las armas.

Acababa de sobrevenir además una nueva complicación. La célebre condesa de Toscana, la heroica Matilde, la princesa más poderosa de la Italia, y una de las mujeres más ilustres de la Edad Media, había descendido al sepulcro, transmitiendo por testamento á la Santa Sede, no sólo la Toscana, sino el ducado de Luca y varios territorios, comprendiendo Parma, Módena, Reggio, Cremona, Espoleto, Mantua, Ferrara y otras poblaciones.

Enrique V se opuso á la donación, pretendiendo que Matilde no debía testar sin consentimiento de su soberano y que si la condesa podía disponer de sus bienes alodiales, no tenía este derecho con los que eran feudatarios del imperio, sosteniendo que en virtud del derecho feudal, muerta Matilde, los feudos debían volver á la corona.

Enrique V pensó en todo ménos en apoyarse en los principios de derecho. Siguió su costumbre de llevar la cuestión al terreno de la fuerza.

Al llegar á la Italia, no sólo pretendió disponer de los feudos de Matilde, sino que se apoderó además de los bienes alodiales.

Satisfecha por este lado su ambición, Enrique se encamina á Roma al principiar el año 1117. Contaba en la gran capital con algunos señores que había ganado á su partido y hasta con una parte del populacho, al que alucinó valiéndose de tentadoras promesas.

Pascual II creyó que lo único que le restaba hacer era salir de la capital.

Luégo que el Papa hubo marchado de Roma, las puertas de la ciudad se abrieron á Enrique V sin lucha de ninguna clase.

Derramóse en abundancia el dinero para que se hiciese al Emperador una entrada triunfal.

El recibimiento, dice un cronista contemporáneo, se verificó «con mucha pompa;» pero «con poca gloria.»

Al llegar á las puertas de San Pedro hizo una arenga en que dijo que él no se proponía más que realizar la unión de la Iglesia y el Estado, en favor del imperio, al cual añadiría de grado ó por fuerza los dominios de «los godos, los galos, los españoles, los africanos, los griegos y hasta los partos, los indios y los árabes.»

Como ceremonia inherente á toda entrada de emperador en la ciudad eterna, exigió que se le coronara de nuevo. Todos los cardenales se negaron; sólo uno, Mauricio Bourdin, de nación francés, echado de una sede episcopal que ocupó en España, se manifestó dispuesto á faltar á su deber accediendo á las pretensiones de Enrique.

El Emperador permaneció en Roma por espacio de tres años.

Pascual II se dirigió primero á Benevento. Allí reunió un Concilio para excomulgar á Bourdin que había puesto la corona imperial en las sienes de Enrique V, con escándalo del clero y del pueblo fiel.

(1) *Quamvis conditio juramentis preposita ab ipso et suis nimis observata sit... ego autem eum numquam anathematizabo... Habet judicem Deum.*

Pascual II, despues de haber purgado su flaqueza de un momento con años enteros de actividad asombrosa en favor del bien, de celo apostólico por las obras piadosas y de austera penitencia, bajó á la tumba llorado por todos los buenos creyentes.

## LXIV.

## Atropellos contra el papa Gelasio II.

Pascual II, al encontrarse en su lecho de muerte, se despidió de los cardenales, recomendándoles con particular empeño que se previnieran contra las astucias del partido alemán (1).

Enrique había dejado á sus partidarios instrucciones secretas en las que prevenía que al morir el Papa se opusieran por todos los medios posibles á la eleccion de otro, hasta tanto que se contara con el consentimiento del Emperador.

La muerte de Pascual II colocaba, pues, al mundo cristiano en una crisis peligrosa.

Los cardenales, obedeciendo á las instrucciones de Pascual II, supieron desbaratar los proyectos de los enriqueistas. Siete días despues de la muerte de Pascual ya estaba elegido Gelasio II.

Era éste un diácono llamado Juan de Gaeta, uno de esos temperamentos privilegiados que no se debilitan con la edad, que abandonó el esplendor y las comodidades de la rica familia de Gaeta, para entrar en el monasterio de Monte Casino.

Manifestó ser eclesiástico de vasta erudicion, de palabra elocuente, de forma elegante en sus escritos.

Su avanzada edad, su intervencion en los negocios como cardenal canciller de la Iglesia romana, hacía que, á un excelente buen sentido é ilustrado criterio, añadiese una larga experiencia.

Conocía perfectamente la gravedad de la crisis por que atravesaba el mundo cristiano, y tenía ideas fijas acerca del modo de resolverla.

No obstante su valer personal era hombre de modestas pretensiones.

Al tener noticia de su elevacion se opuso con todas sus fuerzas á subir al solio pontificio. Los enriqueistas manifestaron desde luégo su disgusto por la eleccion de un papa que, aunque anciano, le consideraban como hombre de lucha. Este fué un motivo más que Gelasio alegó en su favor para que se le dispensara de cargar sobre sus hombros el peso del pontificado.

La oposicion de los enriqueistas fué una razon más para que los cardenales insistiesen en su propósito y convenciesen á Juan de Gaeta de los peligros que podía tener el que con su resistencia se dilatara el tiempo de la vacante de la Sede Apostólica. Juan de Gaeta comprende toda la gravedad de la situacion y cede á las instancias de los cardenales.

Juan de Gaeta se dirige á Roma.

Apénas los enriqueistas tienen noticia de que acepta el pontificado se enfurecen contra él. Cencio Frangipani, perteneciente á la nobleza y de la familia de Juan de Gaeta, se coloca al frente de una faccion armada, se dirige á la iglesia de Santa María, derriba sus puertas y se arroja furioso sobre Gelasio II, que este fué el nombre que tomó el nuevo papa.

Sin tener en cuenta ni su condicion, ni su carácter, ni el parentesco que á él le une, ni sus canas, Frangipani coge por la garganta á Gelasio II, le derriba en el suelo, le pisotea y le conduce fuertemente atado, junto con los cardenales, á la torre consular, cerca del arco de Tito.

Apénas se tuvo noticia de esta infamia, apénas se supo que algunos cardenales habían sido asesinados, que otros se hallaban presos, y que el mismo Pontífice estaba en un calabozo, bañado en sangre, el prefecto de Roma, Pedro Leon, congrega al pueblo y se dirige á la torre para rescatar á Gelasio II.

(1) Pedro de Pisa, c. XXV.

Frangipani se espanta al ver el carácter imponente del levantamiento popular. Se arroja á los piés de aquel á quien poco ántes hería á espolazos, le pide perdon y le abre las puertas de la torre.

Al salir de su encierro Gelasio II es aclamado con frenesí por las masas populares, y en medio del entusiasmo general es conducido á Letran para ser ordenado de presbítero y prepararse á recibir despues la consagracion de Pontífice (1).

## LXV.

## Gelasio II precisado á huir de Roma.

La ceremonia de la consagracion de Gelasio II no pudo tener lugar en Roma.

Cuando todo se disponía para la solemnidad, llega Enrique V y se sitúa en la ciudad leonina, apoderándose de los pórticos de San Pedro, donde anuncia que Gelasio no recibirá la consagracion sin que ántes se ponga de acuerdo con él.

Á este fin el Emperador invita al Papa á una entrevista.

—Si queréis confirmar, le dice, el tratado que hice con Pascual II, estoy pronto á someterme á vuestra obediencia; de lo contrario, haré elegir otro papa y le pondré en posesion de la Santa Sede.

Inútil es decir que el papa Gelasio se niega á toda conciliacion desde el momento en que Enrique usa semejante lenguaje.

Gelasio se retira á una iglesia en el distrito de San Angelo. Consulta el parecer de los cardenales acerca lo crítico de la situacion; éstos le aconsejan que salga de Roma á fin de evitar un atentado de parte de Enrique. Gelasio logra guarecerse en unas galeras en el Tíber, las que hacen rumbo hacia Porto.

Los enriquistas, al saberlo, corren á su alcance para prenderle.

Una fuerte tormenta le impide internarse en alta mar, teniendo que navegar por las costas. Los enriquistas le envían flechas cubiertas de pez ardiendo.

Á favor de las sombras de la noche, Gelasio II logra ampararse en la ribera opuesta. Al despuntar el nuevo día, los alemanes penetran en la embarcacion, seguros de poder apoderarse de la persona del Papa. Gelasio II encontraba un amparo seguro en Gaeta.

Enrique V, al ver que no le queda medio alguno para someter al Papa á su política, le envía emisarios que en nombre suyo le hagan grandes ofrecimientos. Gelasio II conoce muy bien al Emperador, sabe perfectamente á qué atenerse, y se niega, por lo tanto, á aceptar proposicion alguna.

Enrique V, despechado, va á acudir al supremo recurso de nombrar un antipapa; manifestándose así digno representante de la funesta y pérvida política de su padre Enrique IV.

Desgraciadamente entre sus amigos se encontraba un ambicioso dispuesto á representar el ya desacreditado papel de antipapa: este era Mauricio Bourdin, el que ya había tenido ántes la debilidad de coronar á Enrique emperador, y que despues de haber sido celoso y activo gregoriano, desertó las banderas de la reforma para pasarse al bando enriquista, atreviéndose á tomar el nombre de Gregorio VIII, creído de que lograría seducir á algunos incautos, presentándose como continuador de la conducta del grande Hildebrando.

El papa Gelasio II recibió la consagracion en Gaeta, donde era objeto de toda clase de atenciones, asistiendo á su consagracion personajes tan ilustres como Guillermo, duque de Apolia; Roberto, príncipe de Cápua, y otros muchos señores italianos que le prestaron solemne juramento de fidelidad.

En un Concilio celebrado en Cápua, Gelasio II excomulgó al antipapa Bourdin y á En-

(1) Muratori.—Pandolf. Pisan., *Vida de Gelasio*.

rique V, escribiendo al arzobispo de Toledo y á los demas prelados españoles la órden de proveer el obispado que ántes había poseído Bourdin, á quien declaraba fuera de la comunión de la Iglesia.

## LXVI.

## Gelasio II nuevamente maltratado en Roma.

Después de excomulgar á Bourdin y á Enrique V, el Papa creyó que su deber era dirigirse nuevamente á su capital.

Estaba un día celebrando misa en Santa Práxedes. Los enriqueistas, que no respetaban ni aún lo más sagrado, fueron allí á atacarle á pedradas, constituyéndose los Frangipanis en jefes de aquella pandilla de desalmados.

Gelasio tuvo que huir, sin dejarle tiempo para quitarse los ornamentos pontificios.

El Papa, casi solo, pudo llegar hasta las afueras de Roma. Allí, el venerable anciano, herido, sentóse para tomar aliento y restañar su sangre.

Rodeado de algunas mujeres piadosas, el Papa exclamó con acento de amargura:

—Sigamos la palabra del Evangelio; y ya que es imposible vivir en Roma, abandonemos esta Sodoma, esta Babilonia, esta ciudad de sangre. Día vendrá en que nosotros ú otros á quienes Dios conceda la existencia, volverán en circunstancias más felices (1).

Dejó en Roma en calidad de Vicario á Pedro, obispo de Porto.

Gelasio II se encamina á buscar un asilo en Francia, donde le siguen seis cardenales y algunos cónsules.

No se vaya á creer que la Europa cristiana fuese indiferente á los sufrimientos de su Pontífice.

En Alemania mismo, Kuno de Palestrina congregaba en mayo de 1118 un sínodo en Colonia, donde se lanzaba el anatema contra el Emperador y los que le apoyaban en su sacrílega conducta.

En Sajonia tenían lugar asambleas convocadas con el mismo objeto.

En las orillas del Rhin los obispos de Espira, de Worms, de Estrasburgo se adherían á la excomunion lanzada contra Enrique.

Varios príncipes alemanes trataban de reunirse en Wurtzburgo para proclamar allí la destitucion de Enrique V como se había proclamado la de su padre.

Gelasio II llega por mar al puerto de Marsella, donde el abad de Cluny le está esperando. Se le hizo un pomposo recibimiento.

El Papa, en medio de entusiastas aclamaciones, atraviesa Montpellier, Aviñon y otras ciudades importantes, saliéndole al encuentro los obispos y los representantes de Luis el Craso.

Rendido por tantas fatigas, el Papa cae enfermo en Macon, de donde se hace trasladar á Cluny.

Allí, teniendo por cama el duro y frío suelo, vestido con hábitos de penitencia, exhala su postrer suspiro en 29 de enero de 1119, entre el llanto de multitud de cardenales, obispos y monjes que le rodean.

No pudo gobernar sino un año y cuatro días, tiempo que, más que de satisfaccion, fué para él de martirio; pero supo sufrir por la libertad de la Iglesia; no sacrificó ningun derecho, ni cedió á los adversarios del Catolicismo ni una pulgada de terreno. Las rudas persecuciones que experimentó no hicieron más que agigantar su figura. Hoy la Iglesia le cuenta en el número de sus héroes.

(1) Pandolf. Pisan., *Cron. del Monte Casino, y los Anales Romanos.*

## LXVII.

## La mala fe de Enrique V oponiéndose á los proyectos de paz.

Junto al lecho de muerte de Gelasio II hallábase el famoso Kuno de Palestrina, otro de los más celosos y ardientes defensores de la Iglesia.

Algunos cardenales creyeron ser éste el más á propósito para tomar á su cargo la herencia de luchas y sufrimientos que tendría que recoger el que subiese á la Sede Apostólica.

Kuno era hombre de tanta moderacion é inteligencia como valor. Hizo presente á los cardenales que en aquellas circunstancias, en vez de elegir á un eclesiástico como él, á quien su cuna, demasiado modesta, le alejaba del contacto de las familias reinantes, se prefiriera á otro que, por su nombre y su nacimiento, gozase de natural prestigio entre los príncipes, á fin de poder contar más fácilmente con su apoyo en la peligrosa lucha que había que sostener contra el imperio alemán.

Las sabias indicaciones inspiradas por el claro criterio de Kuno fueron atendidas.

Nombróse para suceder á Gelasio II á Guido de Viena, prelado completamente adicto á la reforma de Gregorio VII, pero que tenía en su favor la influencia de un nacimiento ilustre, pues se hallaba emparentado con los antiguos reyes de Borgoña, con los duques de Saboya y Poitiers y hasta con el rey de Francia y el emperador de Alemania.

Guido, que fué primero monje benedictino y despues arzobispo de Viena, había dado ya pruebas de su entereza en su carácter de legado pontificio en Francia. La excomunion que lanzó contra el Emperador ya en tiempo de Pascual II era una garantía de que no había de sacrificar su deber de pontífice en aras de alianzas de familia, que no subordinaría el derecho religioso al interes político.

Guido empieza por exigir que su eleccion sea confirmada por los cardenales que se hallaban en Roma. El cardenal Pedro de Porto le hizo saber que los demas cardenales, junto con el clero y pueblo de Roma, habían aclamado unánimemente á Guido en el Capitolio.

Tomó el nombre de Calixto II, recibiendo la solemne consagracion á fin de marzo de 1119.

Era Guido hombre de piedad tan sólida, como de elevada inteligencia política. Inútil fuera consignar que se dedicó desde luégo á ver como se resolverían los arduos problemas pendientes.

Por fortuna la opinion se pronunciaba ya de una manera unánime contra las pretensiones del imperio.

Conrado de Salzburgo echa en cara á Enrique con gran severidad de lenguaje su proceder indigno contra los papas. En cierta ocasion, un oficial del Emperador, en presencia de éste, desenvainó la espada contra Conrado, quejándose de la dureza de sus expresiones contra Enrique. El heróico prelado le presentó el pecho descubierto diciéndole:

—Heridme; podré morir yo; pero hay una cosa que no muere, que es la causa de la verdad.

Conrado fué á parar en un destierro; Alberto, canceller del imperio, vióse por motivo semejante cargado de cadenas; pero Enrique no dejaba de preocuparse al ver la situacion de los ánimos. Su poder iba debilitándose á medida que iba creciendo el prestigio del Sumo Pontífice. El Emperador se convencía de que luchaba en vano contra una causa que era mucho más fuerte que él con todo su poder.

La Alemania hallábase en un estado de cansancio innegable despues de luchas tan funestas.

El mundo cristiano se pronunciaba cada día más en favor de la reforma. El celibato ecle-

siástico volvía á guardarse con la mayor escrupulosidad, la simonía iba haciéndose por fortuna un delito muy raro.

En cuanto á la investidura por el báculo y el anillo ya no se empeñaba en ella nadie más que Enrique.

Fuera de Alemania todos los príncipes admitían la distincion entre lo espiritual y lo temporal, y no trataban de usurpar atribuciones que no les correspondían, sin que de esto se resintiera el prestigio de la autoridad real, pues los prelados eran los primeros en todas partes en protestar su adhesion y su respeto al representante del poder seglar, no disputándoles ninguno de sus legítimos derechos.

«Las otras naciones, escribe el analista Cekehard, habian desde bastante tiempo envainado la espada teñida con sangre y renunciado al cisma y á la herejía. Solo el furor teutónico, no sabiendo renunciar á su insensata tenacidad, no comprendiendo cuán dulce es la paz á los que aman la ley divina, negándose á reconocer que es por medio de la tranquilidad de acá abajo como nos preparamos á la posesion de la paz eterna, sólo nuestro pueblo, añade, en toda la faz de la tierra persiste en la obstinacion de una perversidad sin ejemplo (1).



LUTERO.

Enrique V no dejaba de tener criterio suficiente para comprender que su conducta respecto al pontificado le colocaba en un aislamiento que podía serle funesto.

Mientras el papa Calixto II convoca un Concilio en Reims, Enrique reúne una dieta general en Tribur.

La dieta de Tribur estuvo poco concurrida, y sus asistentes no ocultaron su disposicion á oponerse á que Enrique continuara su política de resistencia contra el pontificado; el Concilio de Reims, al contrario, fué mucho más numeroso de lo que podía esperarse. Asistieron multitud de cardenales, arzobispos, obispos, abades y otros eclesiásticos, contándose entre ellos el arzobispo de Tarragona, los de York y Cantorbery en Inglaterra, el patriarca de Aquilea, en Italia, casi todos los prelados franceses, y de los alemanes el arzobispo de Maguncia con otros varios obispos. El Concilio se reunió en octubre de 1119. En él el antipapa Bourdin y el emperador Enrique V fueron nuevamente excomulgados y condenadas otra vez las investiduras.

No se le ocultaba á Enrique lo falso de su posicion.

Hubiera deseado retroceder; pero se oponían á ello consideraciones de amor propio.

(1) Cekehard, *An.*

Enrique se resuelve á ir á Estrasburgo para consultar allí con el abad de Cluny y con el célebre profesor de las escuelas de Paris, Guillermo de Champeaux, que fué ántes abad de San Víctor y era entónces obispo de Chalons.

Estos sabios y prudentes personajes le hicieron comprender que el ceder en la cuestion de las investiduras no redundaría en desprestigio de la autoridad real; en Francia, dijeron, los reyes se atienen á lo prescrito por los cánones sin que quede por ello rebajado su poder.

Enrique se manifestó dispuesto á no insistir en sus pretensiones, pero con la condicion de que se garantizara al imperio la conservacion de sus derechos sobre los feudos de la Iglesia.

El obispo y el abad alargan al Emperador la mano en señal de aceptacion y se separan en medio de las mayores muestras de mútua consideracion, redactándose los correspondientes instrumentos de paz que debían firmarse en Mouzon el 24 de octubre.

Iba á terminar, pues, el conflicto; el Papa al cerrar el Concilio expresaba con júbilo la esperanza de que ya en adelante los pueblos cristianos no tendrían que desenvainar la espada sino para batir á los infieles.

La víspera del día señalado, Calixto II llega á uno de los castillos del obispado de Reims, no léjos de Mouzon, donde debía avistarse con el Emperador, á fin de ratificar el tratado y firmarlo, cuando tiene noticia de que Enrique V ha acampado cerca de allí con un ejército de cerca treinta mil hombres.

¿Trataba Enrique de desentenderse de lo acordado é imponer su voluntad por medio de las armas? Su conducta anterior, la política seguida tanto por él como por su padre daban motivo para temerlo así.

A Calixto II no le acompañaba nadie más que una pequeña escolta. Al Emperador le hubiera sido sumamente fácil apoderarse de la persona del Sumo Pontífice.

Grande era la ansiedad que reinaba entre los que seguían á Calixto II.

Algunos cardenales se adelantan para avistarse con el Emperador y sondear sus intenciones. No pudieron ménos de sorprenderse al ver que el instrumento que les entregaba Enrique, en que se consignaban las condiciones de la paz, se diferenciaba mucho de lo anteriormente acordado. Los cardenales le hacen presente que aquello no era lo convenido; pero Enrique levantando la voz exclama:

—Yo no he prometido lo que vosotros decís.

Guillermo de Champeaux, que fué otro de los que redactaron el convenio, conforme á lo aceptado por Enrique, dijo:

—Puedo jurar sobre los santos Evangelios que el convenio, tal como nosotros lo presentamos en nombre del Papa, es el mismo en que vos consentisteis.

Entónces el Emperador, resuelto á romper sus compromisos, contesta:

—Se me arrancaron concesiones verbales que no me permite cumplir el honor del imperio.

Los cardenales, hondamente disgustados con lo que acababa de suceder, se presentan á Calixto censurando como se merecía la conducta del Emperador.

—Está visto, responde apesadumbrado el Sumo Pontífice; este hombre no abriga ningun pensamiento de paz.

Calixto II se encamina hacia Roma.

Al saber que el Papa se acerca á la capital, Bourdin huye para ir á refugiarse en la fortaleza de Sutri.

Al llegar á su capital Calixto II, vió abrírsele las puertas por el prefecto de la ciudad y fué conducido en triunfo hasta San Juan de Letran.

De Roma el Papa se dirigió al Monte Casino, á fin de vigorizar nuevamente su espíritu en la soledad de aquel monasterio. Allí recibió el homenaje de la ciudad de Benevento, de los príncipes de Apulia que le animaron á seguir impávido sosteniendo los derechos de la Iglesia, proclamó la paz de Dios y luégo volvió á Roma.

Mientras Calixto II era objeto de las mayores consideraciones, mientras la Sede Pontificia se veía rodeada del mayor prestigio, como en sus mejores tiempos, el antipapa Bourdin gemía en Sutri en un completo abandono.

Los mismos burgueses fueron á arrancarle de la fortaleza donde se había amparado. Le cubrieron con una piel de macho cabrío, le montaron en un asno, y, despues de hacerle objeto de burla, le condujeron al monasterio de la Cava.

El cisma, hundido ya en el mayor desprestigio, acababa en Italia de una manera hasta ridícula para que los alemanes no acabaran de resolverse á abandonarlo.

Los príncipes y señores alemanes veían ya muy claramente que el propósito de avasallar á la Iglesia, que entraba en las miras de Enrique IV y Enrique V, había de influir en último resultado en dar al Emperador un poder tan grande, tan colosal, tan absorbente que tendría que desaparecer ante él, no sólo la libertad de los pueblos, sino hasta su propia independencia.

Al Emperador no le quedaba más recurso que ceder ó perderse en un completo aislamiento.

Príncipes, señores, prelados, pueblo, todos habían acabado por comprender en Alemania mismo que las pretensiones imperiales estaban faltadas de razon, y que la imposicion del anillo y la entrega del báculo á los prelados por los legos era, no sólo contraria á todo derecho, sino que hasta llegaba á constituir una ridiculez.

La causa de las investiduras ya nadie la sostenía de buena fe; la lucha no tenía más razon de ser que la ambicion personal del Emperador, ambicion que nadie estaba dispuesto á amparar.

Enrique no tuvo más recurso que convenir en que se trabajara resueltamente en favor de una paz definitiva.

Reunióse al efecto una dieta en Wurtzburgo, á la que los señores y prelados alemanes asistieron casi en su totalidad.

Inicióse la cuestion religiosa. La dieta se declaró incompetente para resolverla por sí sola, acordándose que se influyera en el sentido de que, bajo la presidencia de Calixto II, se reuniese en Alemania un Concilio general en el que se terminase el conflicto.

El Papa era el primero en querer una paz sólida y duradera.

Escribió á Enrique diciéndole:

«La Iglesia no trata en manera alguna de disputaros vuestro derecho; no hemos pensado nunca en atentar contra la majestad imperial y real. Que se dé á la Iglesia lo que es de CRISTO; lo que es del César que se lo quede el César.» Pero el Papa no creyó conveniente acceder á la exigencia de un Concilio general en Alemania. No obstante, para que no cupiese duda acerca sus buenos deseos; para manifestar de una manera práctica su decidido interes en favor de la paz, comisionó al efecto al obispo Roberto de Ostia y á varios cardenales, á fin de que se pusieran de acuerdo con los representantes del imperio.

El 8 de setiembre del año 1122 reunióse en Worms una solemne asamblea en que estaba representada toda la Alemania.

La discusion no dejó de ser larga y animada. Despues de quince días de debates se convino en el arreglo.

El Papa decía al Emperador:

«Yo os otorgo que las elecciones de los obispos y abades del reino teutónico se hagan ante vos sin violencia ni simonía. El electo recibirá de vos la investidura de las regalías por el cetro. De este modo os doy la paz á vos y á todos los que han seguido vuestro partido en estas tan prolongadas discordias.»

Por su parte el Emperador decía al Papa:

«Por amor de Dios, de la santa Iglesia romana y del papa Calixto II, y para salvacion de mi alma renuncio á toda investidura por el báculo y el anillo pastoral. Conservaré la paz con

el papa Calixto II y la santa Iglesia romana, y le daré fielmente socorro siempre y cuando me lo reclamare. Otorgo á todas las iglesias de mi imperio las elecciones canónicas y las consagraciones libres.»

El 23 de setiembre de 1122, las estipulaciones convenidas fueron solemnemente publicadas en una extensa llanura á orillas del Rhin.

Cuando las dos partes hubieron ratificado los tratados, el obispo de Ostia celebró la santa misa y dió la sagrada comunión al Emperador en testimonio de reconciliación.

Inmediatamente los legados declaran absueltos de la excomunión á los individuos del ejército imperial y á cuantos hubiesen tomado parte en el cisma (1).

Inaugurábanse con este convenio los acuerdos entre la Iglesia y la potestad secular llamados *concordatos*.

Las dos potestades veían asegurada su acción libre é independiente. El Emperador ya no pretendería en adelante un poder sobre lo espiritual como simbolizaba la entrega del báculo y el anillo; en cambio se le reconocía su derecho como emperador en lo temporal, y por esto el obispo besaría el cetro.

Fué este un acontecimiento de gran trascendencia que llenó de júbilo al mundo cristiano; quedaba terminada por fin la querrela que durante medio siglo había dado lugar á tantas y tan sensibles conmociones.

Á fin de poner el sello en la feliz alianza entre el imperio y el sacerdocio, convocóse para celebrarse en la iglesia de Letran el noveno Concilio general y primero de Occidente, que tuvo lugar en 1123, al que asistieron trescientos obispos y seiscientos abades de todos los países de la cristiandad, proclamándose allí y ratificándose con la solemnidad conveniente el acordado convenio.

Llegaba la hora de edificar sobre tantas ruinas.

El Papa aprovechó aquellos días de general entusiasmo religioso para llamar la atención de los católicos sobre los asuntos de Oriente.

Después de la toma de Jerusalem, el reino latino iba extendiéndose en Oriente.

Aquellas poblaciones tan sembradas de recuerdos, Tiro, Sidon, Tiberíades, Joppe eran tomadas por los soldados de la cruz.

Emires venidos de Samaria iban á saludar al victorioso Godofredo. Sorprendiales que, lejos de encontrarle rodeado del aparato oriental, viesan á aquel héroe, á aquel guerrero á quien se representaban ellos como un ser superior, sentado en tierra, sin guardias y hasta sin criados. El valiente cruzado les decía:

—La tierra de que todos salimos y en que todos volveremos á entrar es silla bastante honrosa para mientras dura la vida.

Después que Godofredo hubo arrancado de los torreones de Jerusalem la media luna para plantar allí la cruz, podemos decir que quedaba ya terminado su prodigioso destino.

Sólo un año sobrevivió á la conquista. Su cadáver fué á descansar en compañía de los más ilustres héroes bíblicos; de Josué, de David, de Gedeon, de Júdas Macabeo.

Tras de sí, á más de uno de los nombres más gloriosos en la historia, á más del brillo de sus portentosas conquistas, dejó una obra en que se veía todo lo admirable y elevado de aquel genio.

Sobre el sepulcro del Salvador, Godofredo había jurado organizar aquellas regiones, haciendo prevalecer siempre los principios de justicia.

Difícil era establecer la unidad en aquel reino de Jerusalem compuesto de miembros de tan diversas naciones de Europa y Asia.

Godofredo descansa de sus empresas guerreras para llevar á cabo una tarea tan difícil como había de ser allí la de legislador. ¿Cómo fundir en un solo molde costumbres tan opues-

(1) Darras, *Hist. Gen. de la Ig.*

tas como las de los hijos de tan distintas nacionalidades? ¿Cómo ordenar para la paz aquellas legiones organizadas sólo para la guerra?

Godofredo, á pesar de las dificultades de la obra, supo salir airoso de su cometido. Todo había de ser prodigioso en aquella tierra de los grandes milagros y de las grandes bendiciones.

Godofredo «establece unos *Assises* y usos que debieron conservarse, por los cuales sus gentes y toda clase de pueblos fueron gobernados y sometidos á derecho (1),» creando un magnífico monumento del derecho adaptado á las condiciones de aquella época.

Refiriéndose al admirable código establecido en Jerusalem, escribe Cesar Cantú: «Aquel código es un modelo de libertad en medio de la servidumbre bárbara... Parecía que el poderoso había adoptado para mandar una voz más humana junto al sepulcro del Hombre-Dios. Aquella legislación sirvió de modelo al Asia y á la Europa; y los peregrinos pudieron aprender á reunirse en municipios para resistir la tiranía de sus señores (2).»

Al morir Godofredo, su hermano Balduino recibió en Belen, de manos del Patriarca «la espada para defender la justicia, la fe y la santa Iglesia; el anillo, que significa lealtad, la corona, que expresa dignidad, y el cetro para castigar y proteger.»

Este monarca extendió la conquista en Oriente, estableció que Jerusalem fuese un asilo abierto á todo el que en el mundo se viese perseguido; quiso que aquella capital, colocada junto al monte de la Redencion, fuese la ciudad de la misericordia.

En su reinado se fundó la orden de los caballeros de San Juan de Jerusalem, constituida por los hermanos hospitalarios que, despues de establecer un hospital, se dedicaban al servicio de CRISTO en la persona de los pobres.

Á impulsos de la fe nació tambien otra orden de caballería.

Hugo de Payns, caballero de la Champaña, Jofredo de San Omer y siete nobles más, de rodillas ante el Santo Sepulcro, resolvieron consagrar su espada en defensa de la Iglesia y de la sociedad cristiana contra los sarracenos, haciendo voto solemne de sacrificar su propia vida por el bien de la Religion y la honra de JESUCRISTO.

Reuniéronse en comunidad abrazando la regla de San Agustin.

La casa donde moraron estaba próxima al lugar en que se levantó un día el grandioso templo de Jerusalem, viniéndoles de aquí el nombre de caballeros del Temple ó Templarios.

Calixto II, valiéndose de su justa influencia como pacificador de las naciones cristianas, no sólo trabajó en favor de las Cruzadas, sino que manifestó especial empeño en que se arraigase la paz alcanzada despues de tantos esfuerzos.

Al terminar su glorioso pontificado, Calixto vió con gran satisfaccion renacer el fervor de los siglos primitivos, desaparecer la simonía y el nicolaitismo; vió á los poderes seculares respetando la libertad y la independencia de la Iglesia.

Enrique V falleció el 23 de mayo de 1125, poco despues de pronunciar estas palabras como expresion de su postrera voluntad:

«Aquejado por una enfermedad que no me permite depositar ninguna esperanza cierta en esta vida temporal, prometo en presencia de Dios, si se digna alargarme la vida, restituir fielmente á todas las iglesias de nuestro imperio los bienes y propiedades que yo ó mis antecesores no hubiésemos devuelto todavía. Si soy arrebatado de este mundo demasiado pronto para poder dar cumplimiento á esta promesa, autorizo al Papa y á los obispos para heñir con la espada eclesiástica á los detentores de los bienes de la Iglesia, y encargo á mi sucesor y á los príncipes del imperio que cumplan esta mi voluntad.»

Aunque tardía, era una reparacion.

Con Enrique V murió su dinastía.

(1) *Assises de Jerusalem*, pref. cit. por M. Lacombe en su *Hist. de la Mon.*

(2) *Hist. Univ.*

## LXVIII.

## Lucha y persecuciones sufridas por la Iglesia en Inglaterra.

Las islas británicas, á pesar de su alejamiento del continente Europeo, participaron del movimiento general de los pueblos hacia la luz Evangélica. La Irlanda fué la primera que comprendió la superioridad divina del Cristianismo. Quizá no ofrece la historia otro ejemplar de un cambio tan radical y pronto de costumbres y de doctrinas como el acaecido en aquella isla «cuyas salvajes tribus no conocían otra ocupacion ni otra gloria, dicen los Riancey, que los asesinatos y las batallas,» de repente algunos santos, impulsados por el celo religioso, inauguran la predicacion del Cristianismo, y al oír la palabra apostólica la Irlanda cae de rodillas «sin que su adhesion á la fe viniese señalada por ninguna sacudida, ni por ninguna persecucion; en la lista admirable de sus confesores no se cita ni un sólo mártir.» Esta circunstancia plausible nos dispensa de ocuparnos de las vicisitudes que el desarrollo de la fe tuvo en aquellas regiones. No hubo á causa del Evangelio allí perseguidores ni perseguidos, sólo predicadores y fieles, creyentes y admiradores, economizó la Providencia la sangre de aquel pueblo que tan generosamente debió derramarla algunos siglos más tarde en ocasion de la llamada reforma.

En el siglo VI el monje Agustin abordó en las playas inglesas, siendo recibido cordialmente por los cortesanos de Etelberto, cuya esposa Berta profesaba sinceramente el Cristianismo. Admirablemente fecundo fué el apostolado de aquel intrépido misionero. El pueblo anglo-sajon empezó á manifestar la sensatez de criterio que le distingue abrazando espontáneamente una fe cuya superioridad reconocían ya las conciencias filosóficas de aquella época. Durante el período primitivo del Catolicismo en Inglaterra los magnates y el pueblo hicieron gala de extraordinaria generosidad para con la Iglesia. Las conversiones á la verdadera Religion fueron cada día más numerosas y notables por el carácter distinguido de los ilustres convertidos. Gracias á esto la Iglesia fué pronto en Inglaterra una institucion poderosísima.

Aquella era de prosperidad moral y material, como quizá no haya pasado otra en ningun punto de la tierra la Iglesia católica, fué interrumpida á mediados del siglo IX por las invasiones extranjeras sufridas por aquel país.

Los bárbaros invasores incendiaron los conventos y monasterios erigidos por la piedad de las generaciones de tres siglos. Los monjes y sacerdotes fueron sacrificados cruelmente. Setenta años de luto y desolacion pasaron sobre aquella edificante y fiel cristiandad. Alfredo el Grande cicatrizó las heridas abiertas en el corazon de la Iglesia en Inglaterra emprendiendo decidido la restauracion de cuanto los invasores habían arruinado.

«Algunos sucesores de Alfredo imitaron su generosidad. Athelstano empleó sus tesoros en practicar el bien. Erigió una iglesia en Middleton; concedió numerosos é importantes privilegios á la abadía de Beverley, y todos los monasterios de la Gran Bretaña participaron de sus larguezas. Pero quien resucitó el esplendor eclipsado de la Religion en las provincias situadas en el Sud del Humber fué Edgardo. Siguiendo los consejos de Oswald y de Ethelwold, obispos de Worchester el uno y de Winchester el otro, repuso en el goce de las tierras á los antiguos conventos desposeídos en medio de los desórdenes sembrados al paso de los hombres del Norte. Gracias á la proteccion de aquel príncipe el órden monástico se rehabilitó en el concepto de los nobles, quienes le otorgaron opulentas donaciones. Abingdon y Winchelcomó se llenaron de monjes y novicios; Croyland, restaurado desde veinte y cinco años, poseía un tesoro de 10,000 libras esterlinas, ademas de las cajas, relicarios y otros vasos preciosos. Cly, Ramsey, Malmesbury, Peterborough, Thorney, surgieron de entre sus cenizas; cuarenta

otras abadías reencontraron su gloria primitiva, viéndoselas brillar como radiantes estrellas en el espléndido cielo de la Iglesia anglo-sajona como ántes de la devastadora invasion (1).»

Pasó á ser costumbre de los grandes ingleses consagrar, por medio de irrevocables donaciones, importantes partes de sus riquezas pecuniarias y de sus dominios territoriales á la Iglesia, que consideraban como á la base de bienestar y civilizacion.

La prosperidad de la Iglesia, debida en gran parte á la proteccion del poder civil, motivó graves ingerencias, origen luégo de sensibles rivalidades. Algunos príncipes reclamaron para sí derechos, cuyo ejercicio comprometía la libertad del ministerio eclesiástico. Aquellas rivalidades produjeron conflictos trascendentales. San Wilfrido, arzobispo de York, sufrió el encarcelamiento en insano y oscuro calabozo, y luégo el destierro por no querer suscribir á las pretensiones del rey northumbro. Agilberto, obispo celoso é ilustrado vió arrebatarle de su autoridad episcopal una parte del territorio de Wessex, que tenía canónicamente bajo su jurisdiccion, porque el rey Coinwalch se disgustó de oír que aquel edificante pastor hablaba latin. Un obispo intruso gobernó aquella grey desconsolada hasta que el descontento del rey y de las ovejas le derribó de su usurpada silla.

Al mismo tiempo que las personas sagradas, y sobre todo los altos dignatarios, sufrían las consecuencias de la persecucion de los soberanos; los bienes de la Iglesia eran objeto de usurpaciones considerables. Ceolsedo y Ossedo en el siglo VIII, se incautaron de cuantiosos bienes. Ethelbaldo mereció una carta de san Bonifacio, arzobispo de Maguncia en la que le echaba en cara la violacion repetida de los privilegios sagrados de la Iglesia. La Iglesia anglo-sajona hubo de sufrir mucho de parte de la ambicion desmedida de Offa. Las sillas de Malmesbury y de Cantorbery vieron caer bajo la rapacidad de aquel Príncipe las posesiones que contaban enclavadas en el reino de Mercia.

Las disensiones entre Wulfredo, arzobispo de Cantorbery, y Quenulfo originaron una religiosa agitacion en toda la Mercia. La discordancia del rey y del prelado causó graves perjuicios á los intereses materiales y á la paz moral de la Iglesia. La perfidia caracterizó aquella persecucion.

«Muchas veces, segun escribió el ilustrísimo Darbois en su tratado sobre *la lucha entre ambos poderes*, la lucha entre la Iglesia y la reyesdad no llegó al terreno político sino despues de haberse sostenido algun tiempo en el órden moral. Puede decirse que ordinariamente el libertinaje de los príncipes fué la causa original de las disidencias que turbaron la armonía de ambas autoridades. Ensayando los príncipes romper el freno que el Evangelio pone á las pasiones humanas, derecho tenían y aún deber los obispos de reclamar contra los escándalos, armados con la autoridad y el influjo de que les revestía el espíritu dominante en aquella época. Su voz, en efecto, tenía algo de enérgico como el grito de todo un pueblo y algo de sagrado como una advertencia del cielo. A los grandes del mundo que no querían obedecer no les quedaba otro medio que adoptar violencias extremas, como desterrar y despojar á los embarazosos impugnadores; pues en aquellos tiempos la legalidad no había inspirado todavía estas elásticas combinaciones entre la pasion condenable de unos y la legítima severidad de otros.

«Así se explican las persecuciones sostenidas contra la mayor parte de aquellos pontifices generosos, que en la Edad Media defendían el derecho y la virtud contra la depravacion de los príncipes y la juventud intemperante de los pueblos de Europa.

«La Inglaterra del siglo X, en particular, nos ofrece gravísimos hechos en confirmacion de este aserto. Edvy, que ocupó el trono á la edad de diez y seis años, se distinguió luégo por la depravacion de costumbres. Con su carácter de sí impetuoso, ardiente para el placer, desafiaba con raro cinismo toda conveniencia y toda ley; rebajaba hasta el fango del vicio la dignidad real... Dunstan, entónces abate de Glastonbury, creyóse obligado á combatir la disipada conducta del Rey; mas éste, contrariado en sus más gratas pasiones, animado por el

(1) Mons. Darbois.

odio que en su corazón encendía una cortesana á su vez por el prelado reprendida, arrojó á Dunstan de palacio, donde desempeñaba un cargo de confianza por disposición del padre del Rey. Las gestiones de la cortesana encendieron la tea de la discordia en el monasterio de Glastonbury á que Dunstan fué relegado, y hasta llegó á enviar parientes suyos, para que, prendiendo al santo abad, le sacaran los ojos: «*Parentela mulieris prosequens sancti oculos cruere disponebat* (1).

«A duras penas pudo escapar Dunstan á la cruel celada; traspasó el mar y se refugió bajo la protección de Arnulfo, conde de Flándes. Sus bienes propios fueron confiscados é incautóse de ellos el rey.

«Entonces la indignación de la corte corrompida dejóse sentir en los monasterios predilectos de Dunstan. Dispersóse á los monjes congregados bajo la égida de la ley; y aquellos religiosos vierónse precisados á vagar sin recursos ni amparo. La posesión de aquella vida durante muchos siglos no les salvó del capricho y rapacidad de un príncipe extravagante y de una mujer lúbrica (2).»

En aquella época y restablecido Dunstan á su patria, encumbrado á la dignidad episcopal, muertos sus inmortales enemigos, hubo de desplegar su celo, su pastoral energía, contra la inmoralidad. Un negro crimen manchó la historia de la familia real inglesa. El aleve asesinato de Eduardo. Este príncipe, sentóse en el trono glorioso de sus antepasados á la edad de quince años, á pesar de la rivalidad de su madrastra Elfrida, que ambicionaba dar la corona á su hijo Etelredo.

Pero los derechos de Eduardo se apoyaban, dice Hume el historiador, en muchas circunstancias favorables, pues llamado al trono por testamento de su padre se acercaba ya á la mayor edad y podía por consiguiente empuñar pronto por sí mismo las riendas del gobierno. Dunstan, el respetado é influyente arzobispo de Cantorbery, venerable ante el pueblo inglés por las persecuciones sufridas en anteriores defensas de la moralidad, declaróse por Eduardo, á quien consagró y coronó en Kingston; con lo que todo el reino quedóle sometido.

No tardó el joven rey en verse precisado á emplear su autoridad y su fe en la protección de la Iglesia. A la primera noticia de la muerte de Edgardo, su padre, Alfere, duque de Mercia, había expulsado las nuevas ordenes de frailes de todos los monasterios que se hallaban en su provincia. Pero Elswin, duque de Estinglia, y Brithnot, duque de los sajones orientales ó est-sajones, los protegían en sus territorios y se interesaban en gran manera para que se cumplieran la leyes promulgadas en su favor,

El joven rey protegió la celebración de sínodos eclesiásticos en los que fuese debatida aquella cuestión trascendentalísima. Dependía de las resoluciones de aquellos Concilios nada ménos que la existencia ó la muerte del monasticismo en Inglaterra, que quizá fuese en aquella época el más numeroso, ejemplar y fecundo. Triunfó la justicia y el derecho gracias al espíritu religioso del soberano, que se complacía en sustentar y abrillantar las glorias de la Madre Iglesia.

Durante los cuatro años de su reinado no desmintió el joven rey la nobleza y religiosidad de su niñez. Hume, historiador protestante, y que en calidad de tal no puede infundir sospecha, dice: «Había conservado siempre Eduardo el más raro candor, y como eran sus intenciones constantemente rectas y puras, no hallaba en sí mismo motivo alguno para desconfiar de los demás. Á pesar de los obstáculos que su madrastra había opuesto á su derecho de sucesión, creyendo conseguir el coronamiento de su propio hijo, no dejó de guardarla las mayores atenciones y aún de continuar dando á su hermano pruebas del más tierno afecto (3).»

Cazaba un día Eduardo en un bosque de la provincia de Dorsetshire, cuando llegó cerca de la residencia de su madrastra la reina Elfrida. Impulsado por su cariño, determinó visi-

(1) Vit. S. Dunstani.

(2) *Horret nostra memoria quam immanis fuerit in reliqua canobia et propter atatis lubricum et propter pellicis concilium:* Will. Malm. de Reg.

(3) Hume, *Historia general de Inglaterra*.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 106 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

*Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.*

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

*ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.*

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.